

Aldo Casas

1917 – Revolución rusa – 2017

Resumen: *La Revolución de 1917 analizada como proceso revolucionario ‘permanente’. El poder soviético debía conducir una transición socialista basada en la alianza de obreros y campesinos y el desarrollo de otras revoluciones obreras en Europa. La Guerra Civil y el cerco hostil enfrentaron a la Revolución con imprevistas dificultades. La fuerza inspiradora del acontecimiento no debe inhibir su análisis crítico.*

Palabras clave: *Revolución. Socialismo. Soviets. Alianza obrero-campesina. Burocracia.*

Abstract: *The 1917 Revolution is to be analyzed as a ‘permanent’ revolutionary process. The Soviet power should have led a socialist transition based on an alliance of workers and peasants, as well as the development of other European worker’s revolutions. The Civil War and hostility made the Revolution face unseen difficulties. The inspiring strength of the historical event should not inhibit its critical analysis.*

Keywords: *Revolution. Socialism. Soviets. Worker-peasant Alliance. Bureaucracy.*

Hace cien años, entre febrero y octubre de 1917 (según el calendario juliano, utilizado en Rusia por entonces) se inició en el inmenso territorio que ocupaba el imperio zarista un proceso revolucionario que conmovió el equilibrio del mundo y se convertiría en un factor activo, ideal y materialmente, de la historia contemporánea. Más precisamente, del período que Eric

Hobsbawm (1995), con agudeza y oficio de historiador, acotó y llamó ‘el corto Siglo XX’.

El aniversario motiva una nueva andanada de libros, artículos, conferencias y congresos que recogen, rediscuten y engrosan con nuevos títulos la ya imponente literatura referida a la Revolución de 1917, al auge y colapso de la URSS y a la desaparición del comunismo en el horizonte político de nuestros días. El *mainstream* de tan abundante producción abona la idea de que la derrota o fracaso del antiguo ‘campo socialista’ sería la irrefutable prueba de que ‘no hay alternativa’ al capitalismo. Fatalismo que, en cierto modo, afecta también, a gran parte de lo que se produce desde la izquierda: algunos sostienen que la frustrada experiencia impone reducir las aspiraciones de cambio a una ambigua ‘radicalización de la democracia’ sin contenido de clase, en tanto otros evocan el centenario de un modo que linda con lo nostálgico o con un culto supersticioso que venera viejos instrumentos políticos emancipadores hipostasiados y un puñado de teoremas de incierta vigencia. Pareciera que, ante el agotamiento de una matriz política centenaria y una crisis del capital de dimensiones sistémicas y civilizatorias, no se supiera hacer otra cosa que anclarse en las viejas certezas y apelar a los recursos litúrgicos.

Este ensayo propone una conmemoración *irreverente*, aunque respetuosa, de aquella heroica y admirada revolución bajo cuya influencia nos educamos y formamos políticamente. Entiéndase que las críticas que aquí se expresan, constituyen también una *autocrítica*. Porque el irrenunciable horizonte del comunismo y la emancipación humana exigen fidelidad a la máxima del joven

Karl Marx que decía (cito de memoria) “la primera obligación de la crítica es criticarse a sí misma”.

1. La revolución, de febrero a octubre

En febrero de 1917, una insurrección popular condujo a la abdicación del Zar Nicolás II, luego de que fracasara el intento de aplastar la rebelión con el Ejército. La casi inexistente cuarta Duma,¹ tras desalentar la entronización de algún otro miembro de la dinastía de los Romanov, improvisó (con antiguos funcionarios y militares zaristas, representantes de la burguesía liberal y algún izquierdista ‘moderado’) un primer *Gobierno Provisional*. Éste contaba con el respaldo de los gobiernos de la Entente,² pero nació sin programa ni autoridad. Sólo los unía la voluntad de continuar con la guerra y evitar que el poder cayera en las calles, en donde la movilización había asumido una expresión político-institucional: los *Soviets de diputados obreros y soldados* (con el tiempo, también se conformarían *Soviets de diputados campesinos*).

La tensa coexistencia entre ambas instituciones y poderes sólo podía mantenerse en tanto las fuerzas políticas que dirigían a los Soviets (Socialistas populares o *trudoviques*, Socialistas revolucionarios o *eseristas* y Social Demócratas *mencheviques*) apoyaran al Gobierno Provisional. Ese apoyo llegó al punto de incorporar seis ministros, conformando un *Gobierno de Coalición* con los Kadetes, en el cual Kerensky fue la figura principal. Pero el colaboracionismo de los dirigentes chocaba con el carácter sustancialmente democrático de los sóviets: allí se expresaban directamente las voces y exigencias de los soldados que en el frente se amotinaban o desertaban, de los trabajadores que manifestaban, hacían huelgas y ocupaban empresas exigiendo medidas de urgencia contra el paro y el hambre, y de los campesinos que reclamaban las propiedades de los terratenientes. A la impaciencia y alarma por la catástrofe económica se sumaba el peligro de un golpe militar de extrema derecha.

Aquella paradigmática situación de ‘doble poder’ en realidad no conformaba a nadie: León

Trotsky llegó a escribir que era más bien una ‘doble impotencia’ (Trotsky, 1976, p. 28). Por eso mismo la exigencia de ‘Todo el poder a los Soviets’ –que el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (*bolchevique*) no inventó, pero supo recoger y proponer como tarea– terminó por imponerse. Los partidarios del ‘bolchevismo’, que eran 5000 a comienzos de 1917, llegaron a ser 250.000 en el verano de ese mismo año, fortalecidos no sólo cuantitativa, sino también cualitativamente con la incorporación de León Trotsky y el *Comité Interdistrital*³ (Haupt, 2017). Los bolcheviques contribuyeron a la derrota del golpe del General Kornilov y pasaron –no sin fuertes discusiones internas en torno a la oportunidad, el cómo y el cuándo de la acción– a organizar la insurrección que el 24 y 25 de octubre derrocó al Gobierno de Coalición. Los adversarios políticos de Lenin y Trotsky denunciaron ‘un golpe de Estado’, pero fue una insurrección preparada *políticamente* a través de la prensa, con actos en las calles, fábricas, cuarteles y acalorados debates en el Soviet... Adoptando, claro está, los recaudos conspirativos y militares necesarios para actuar en el instante preciso y alcanzar la victoria con un mínimo de víctimas.

2. ¿Dos revoluciones o un proceso revolucionario?

El brevísimo relato anterior ilustra las diferencias que existieron entre la primera e inesperada irrupción revolucionaria de las masas (Revolución de Febrero) y la cuidadosamente preparada insurrección que instauró el gobierno de obreros y campesinos (Revolución de Octubre). Mucho se ha escrito sobre estas ‘dos revoluciones’, comenzando por Lenin y Trotsky que eran, además de experimentados ‘revolucionarios profesionales’, prolíficos ‘intelectuales orgánicos’ que acompañaban la acción con la reflexión teórica y la difusión de sus ideas a través de discursos, periódicos y libros. Para ellos, se trataba de caracterizar la articulación compleja entre las luchas de clases y las expresiones políticas que las mismas asumían, para definir orientaciones tácticas y/o militares de intervención en esos

momentos excepcionales y decisivos cuyo desenlace condiciona en gran medida el posterior curso de los acontecimientos: se trataba de dominar, en palabras de Lenin, el “arte de la insurrección”.

Pero las referencias al ‘calendario’ ruso de 1917 y la canonización de ‘las dos revoluciones’ terminó convirtiéndose en un corsé interpretativo que presenta ambas insurrecciones como si fuesen revoluciones diferentes o distintos tipos de revolución,⁴ violentando así la unidad dialéctica del proceso revolucionario y dejando en un segundo plano la elaboración más importante y original de esos mismos dirigentes: el carácter ‘ininterrumpido’ (Lenin) o ‘permanente’ (Trotsky) de la Revolución rusa. Caracterización que no estaba referida solamente al curso de los acontecimientos entre ‘febrero’ y ‘octubre’,⁵ sino a la dinámica más general del proceso revolucionario, atendiendo tanto a la evolución de la alianza obrero-campesina (incluyendo las tensiones en el seno de la misma) como a la relación entre la revolución en Rusia con el desarrollo de la revolución socialista en otros países de Europa, especialmente Alemania.

El proyecto revolucionario de Lenin surgió de un análisis de las relaciones de fuerza y el afán de eficacia, más que de consideraciones doctrinarias: el protagonismo de los obreros y soldados organizados en Soviets, que eran también un instrumento de alianza con el inmenso campesinado ruso y, sobre todo, la crisis del conjunto del sistema imperialista del que la Gran Guerra era manifestación, lo llevaron a sostener que la Revolución rusa podía ser punto de partida y base de la revolución mundial, en cuyo marco incluso en la atrasada Rusia pasaba a estar planteada la lucha por el socialismo. De esta caracterización se derivaba una combinación (flexible) de tareas, dirigidas a implantar el poder soviético y asumir los desafíos de la transición socialista en Rusia y, al mismo tiempo, hacer todos los esfuerzos para el triunfo de la revolución en algunos países avanzados de Europa (Haupt, 2017; Louca, 2017).

Pero es importante advertir que la victoriosa insurrección de octubre fue en gran medida preparada por el curso de la lucha de clases, la autoactividad de las masas y su educación política en el marco de los Soviets y Comités de fábrica durante los meses previos, y no debe ser atribuida

solamente a la decisión y clarividencia del bolchevismo. El mérito mayor de Lenin, Trotsky y otros⁶ fue, en todo caso, aplicar con decisión una línea política elaborada en forma colectiva, y con muchísimas polémicas⁷ no sólo en el Comité Central (Boffa, 1972), sino involucrando a toda la organización y muy especialmente a los militantes con representatividad en organismos de masas (Vazeilles, 1971). Cabe insistir, asimismo, que la conquista del poder en octubre no puede ser presentada como el triunfo y culminación de la revolución, sino como *primer paso* en un largo y complejo camino: ayudar a desplegar lo que Marx llamara ‘el alma social de la revolución’ y no sólo en Rusia sino internacionalmente.

La narrativa que presenta febrero de 1917 como una ‘revolución a medias’, redimida y justificada *a posteriori* por una genuina revolución, que sería la de octubre, distorsiona hasta hacer irreconocible la realidad de la revolución, su dinámica relación entre la movilización popular, las cambiantes formas y grados de autoorganización y el rol de los comunistas. Aquella primera sublevación que terminó con siglos de autocracia tuvo como sello distintivo la irrupción de las masas populares, las más plebeyas, en una escala jamás vista. *Millones* de actores sociales aportaron originales coreografías políticas. La huelga y manifestación de las mujeres el 23 de febrero de 1917, reclamando pan y el regreso de los combatientes, que prendió la chispa ‘que incendió la pradera’. Los soldados, obligados primero a disparar contra la multitud, que luego se negaron a obedecer las órdenes y enviaron sus diputados al Sóviet. La inmediata recuperación por el proletariado de Petrogrado y Moscú de aquella experiencia de auto-organización de 1905, convertida ahora en *Sóviets de diputados obreros y soldados*, que le confería legitimidad político-social y fuerza material sin precedentes. La revolución también sacudió y trastocó el mundo intelectual y artístico abriendo un período de febril productividad y experimentación en todos los terrenos. El estallido tuvo tal magnitud que su eco llegó hasta las aldeas de la Rusia profunda.

Estos anónimos hombres y mujeres, sobreponiéndose a siglos de opresión y a la carnicería de la guerra inter imperialista, fueron capaces de imprimir a su movilización el carácter de una

revolución social *en acto* y fueron los más decididos de ellos quienes empujaron a los bolcheviques a la toma del Palacio de Invierno. Porque querían barrer con todos los restos de la autocracia, poner fin a la guerra, quitarle las tierras a la Nobleza y la Iglesia Ortodoxa y superar la catástrofe económica, debieron forjar, en un áspero combate, la esperanzada voluntad de cambiar el mundo y cambiar la vida. La Revolución rusa fue profundamente *plebea* y *diversa*, porque en ella confluyeron tres afluentes: la revolución de la *clase obrera* relativamente reducida pero muy concentrada en algunas ciudades y centros productivos, la revolución del inmenso *campesinado* donde se conjugaban el atraso y la miseria extrema con una vieja tradición de rebeliones agrarias abonadas por la prédica del *populismo* y, por último pero no en importancia, la revolución de *las nacionalidades oprimidas* contra la ‘cárcel de pueblos’ que era el imperio zarista.

El mérito de los bolcheviques fue tratar de articular tan inmensas y disímiles fuerzas, ponerse al frente de la desmesurada empresa y, aportándole una perspectiva profundamente internacionalista, concebirla como parte del desarrollo de la revolución socialista en Europa y especialmente en Alemania. No se equivocaba Rosa Luxemburgo, la más ilustre y crítica defensora de la Revolución rusa, cuando escribiera desde la cárcel (¡en 1918!) estas clarividentes líneas:

En el momento actual, cuando nos esperan luchas decisivas en todo el mundo, la cuestión del socialismo fue y sigue siendo el problema más candente de la época. No se trata de tal o cual cuestión táctica secundaria, sino de la capacidad de acción del proletariado, de su fuerza para actuar, de la voluntad de tomar el poder del socialismo como tal. En esto, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los primeros, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial [...] suyo es el inmortal galardón de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia

solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al “bolchevismo”. (1976, p. 202)

3. La revolución después de octubre

La insurrección que cerró el período de febrero a octubre, abrió un segundo capítulo de la Revolución rusa, mucho más controvertido (aunque no más, ni mejor conocido): el de la conformación del poder soviético, sus primeros pasos así y el trauma brutal que representó la Guerra Civil.

Cuando se reunió el *Segundo Congreso de los Soviets de diputados obreros y soldados de toda Rusia*, el 25 de octubre de 1917, el Gobierno Provisional ya había sido depuesto, aunque algunos de sus ministros intentasen todavía resistir en el Palacio de Invierno. Las furiosas protestas de mencheviques y eseristas de derecha contra lo que denunciaban como ‘golpe mortal contra la revolución’, no impidieron que el Congreso comenzara a sesionar. Bolcheviques, mencheviques internacionalistas y eseristas de izquierda propusieron que la Mesa que debía conducir los debates fuera designada en base al criterio de proporcionalidad, y la elección puso en evidencia que una sólida mayoría de los delegados apoyaba la insurrección. Luego de agotadoras discusiones, y como conclusión de la jornada, Lunacharski leyó el *Llamamiento a los obreros, soldados y campesinos*, en el que se anunciaba un nuevo régimen estatal:

“El gobierno provisional ha sido depuesto. El Congreso toma el poder en sus manos”. El gobierno soviético propondrá una paz inmediata, entregará la tierra a los campesinos, dará un estatuto democrático al ejército, establecerá un control de la producción, convocará en el momento oportuno la Asamblea Constituyente, asegurará el derecho de las naciones de Rusia a disponer de sí mismas. “El Congreso decide que todo el poder, en todas las localidades, es entregado a los soviets”. (Trotsky, 1985, p. 457)

En la segunda la sesión, entre la noche del 26 y la madrugada del 27, el Congreso designó un nuevo gobierno que adoptó el nombre de *Soviet de Comisarios del Pueblo*, presidido por Lenin. Y se promulgaron una serie de trascendentales decretos: *Sobre la paz* (inmediato armisticio con Alemania, llamamiento a todos los gobiernos a una paz libre, democrática y sin anexiones, terminar con la diplomacia secreta); *Sobre la tierra* (nacionalización y reparto de los latifundios, abolición sin indemnización de la gran propiedad); *Sobre las nacionalidades* (reconociendo su derecho a la autodeterminación); *Sobre el control estatal de empresas y banca* (que anunciaba también el desconocimiento de la deuda externa de Rusia); *Convocatoria a Asamblea Constituyente*. Los decretos ganaron inmensa popularidad, y dieron tal legitimidad al nuevo gobierno que, cuando el 6 de enero de 1918 la Asamblea Constituyente (donde los bolcheviques eran minoría) se negó a ratificarlos, el poder soviético procedió a disolverla sin encontrar mayores resistencias. Los *eseristas*, el partido con mayor respaldo en el campesinado, habían quedado aislados y fueron completamente incapaces de movilizar a su antigua base, porque el decreto sobre la tierra había dado un nuevo y formidable impulso a la movilización revolucionaria de los campesinos⁸ que se lanzó a ocupar las tierras en manos de la Nobleza y la Iglesia Ortodoxa.

Apenas conformado el nuevo gobierno, Lenin comenzó su intervención con una frase tan simple como firme: “Ahora, vamos a dedicarnos a edificar el orden socialista”. Para eso había que terminar con la guerra, y por eso, continuó Lenin “El gobierno obrero y campesino creado por la revolución [...] propone a todos los pueblos beligerantes y a sus gobiernos el inicio inmediato de las negociaciones para una paz justa y democrática”. Rusia no estaba en condiciones de plantear ningún *ultimátum*, pero Lenin sostuvo que la negociación con los gobiernos debía ser pública y en términos tales que fuesen un llamado a la movilización de los pueblos de Europa, diciendo: “todas nuestras esperanzas están puestas en que nuestra revolución desencadenará la revolución europea. Si los pueblos sublevados de Europa no aplastan al

imperialismo, nosotros seremos aplastados, sin lugar a dudas” (Trotsky, 1985, pp. 471-472).

Se acordó un inmediato armisticio con Alemania que ésta rápidamente desconoció: en febrero de 1918 relanzó la ofensiva, las tropas rusas se desbandaron sin lucha y en marzo Rusia se vio obligada a firmar por separado un acuerdo de paz con Alemania y en los términos ominosos que ésta le impuso. El acuerdo de Brest-Litovsk, representó un duro golpe para la revolución, con un enorme costo político y económico.⁹

Para colmo de males, ya para ese entonces la contrarrevolución había desatado la Guerra Civil, que debió librarse sobre un extenso territorio y en varios frentes, hasta 1920. La acción concertada de una oposición muy heterogénea pero que militarmente se concentró en los *Ejércitos Blancos*, dirigidos por antiguos generales zaristas, contó con la colaboración en armas, logística e incluso tropas de catorce Estados capitalistas empeñados en aplastar a la revolución (Alemania, Francia, Inglaterra, Rumania, Checoslovaquia, Turquía, Japón...). Durante tan prolongado y penoso combate, avances, retrocesos y bruscos cambios de frente, y hubo momentos en que la situación llegó a ser desesperante y el territorio efectivamente controlado por el gobierno soviético era poco más que el del antiguo principado de Moscú, e incluso allí la situación era inestable¹⁰ (Dullin, 1994).

Para defenderse, la revolución debió ‘inventar’ casi desde la nada al *Ejército Rojo*. Fue creado en enero de 1918 y se constituyó un Consejo Militar Revolucionaria comandado por Trotsky en su calidad de *Comisario del pueblo de Asuntos Militares y Navales*. Inicialmente se apeló a la incorporación voluntaria, y decenas de miles de militantes comunistas abandonaron sus trabajos y actividades normales para marchar al frente, pero fue necesario restablecer la conscripción obligatoria (abril de 1918). El Ejército Rojo llegó a tener más de cinco millones de efectivos, con disciplina, grados militares y el novedoso principio del ‘doble comando’, con antiguos oficiales (‘Especialistas Militares’) políticamente supervisados por comunistas (‘Comisarios Militares’). Se movilizaron todos los recursos humanos y materiales necesarios para afrontar la guerra, y como el mismo Trotsky dijera, se debió literalmente “saquear a Rusia” para sostener el esfuerzo

de guerra.¹¹ Finalmente, la contrarrevolución fue derrotada en todos los frentes: las últimas tropas de los *Blancos* fueron aplastadas en noviembre de 1920. Aunque ese mismo año, la invasión lanzada por Pilsudski contra Rusia impuso al Ejército Rojo un esfuerzo más: la ‘campana polaca’. Esta operación militar, inicialmente defensiva, fue convertida luego en una contraofensiva que esperaba alentar el levantamiento de los trabajadores polacos contra su gobierno bonapartista y, muy especialmente, ‘llegar a Berlín’ en auxilio de la tan esperada revolución en Alemania. El intento terminó en un completo fracaso, cuando los polacos detuvieron el avance del Ejército Rojo a las puertas de Varsovia (Trotsky, 2006).

4. El *impasse* de la revolución

La agresión contrarrevolucionaria fue derrotada, el gobierno soviético y ‘la patria soviética’ sobrevivieron, pero a un costo terrible. En la Guerra Mundial, Rusia había perdido 1,8 millones de hombres y alrededor de 1 millón de vidas fueron sacrificadas en la Guerra Civil, pero las bajas civiles fueron mucho mayores: 1,5 millones durante la Guerra, 8 millones en la Guerra Civil (por hambre, frío y epidemias, agravadas por la severa sequía arrasó el campo en 1921). Entre 1 y 2 millones emigraron (Dullin, 1994, p. 20).

Los costos sociales y políticos son mucho más difíciles de estimar y tuvieron muy diversas dimensiones. Las ciudades se despoblaron y al finalizar el conflicto armado Rusia era mucho más campesina que antes. El número de obreros quedó reducido a 1 millón (cuando en 1914 eran 3 millones), debido al cierre de fábricas, pero también por la incorporación de muchos de ellos al Ejército y al aparato del Estado. El poder soviético quedó prácticamente suspendido en el aire por la pérdida de su base social y se consideró entonces no sólo posible sino obligatorio que el PC *sustituyera* a la clase obrera para ejercer en su nombre la dictadura del proletariado. El campesinado, que había acompañado a los bolcheviques cuando decretaron la distribución de las tierras, para sufrir casi inmediatamente la violenta expropiación de todo lo que producían, una vez

derrotados los Blancos pasaron a enfrentar las requisas de ‘los comunistas’ en lo que amenazaba convertirse en una nueva guerra campesina. Por otra parte, la satisfacción por haber contribuido a salvar ‘la patria soviética’ se mezclaba con el cansancio y el rechazo a los métodos de ‘los Comisarios’ y cuadros comunistas que tras su heroico desempeño con el Ejército Rojo se reincorporaban a la vida civil con métodos de ordeno y mando que no podían dejar de generar rechazo.

Para triunfar, los bolcheviques debieron responder al terrorismo y la salvaje violencia de los *Ejércitos Blancos*, con una violencia también extrema.¹² El contexto histórico contribuía a la naturalización de las prácticas macabras utilizadas por combatientes (de ambos bandos) que habían pasado por la ‘escuela’ de la Gran Guerra. Pero contextualizar no significa justificar y mucho menos enaltecer decisiones éticamente deleznable y políticamente dañinas y mucho menos que se las siguiera utilizando tras la Guerra Civil. El Terror Rojo institucionalizado por el Estado obrero, la *Cheka* (*Comisión Extraordinaria de Combate a la Contrarrevolución, la Especulación y el Sabotaje*) facultada para detener, torturar, juzgar sumariamente, condenar e incluso asesinar sin control ni supervisión, la utilización indiscriminada del calificativo de ‘contrarrevolucionario’ contra cualquier opositor, crítico o disconforme, toda esta deriva autoritaria disminuyó la autoridad política y moral de los comunistas.

También en el terreno económico se incurrió en graves errores. Apenas instalado el gobierno soviético, las medidas contra la propiedad privada de los medios de producción habían sido cautelosas. Se dispuso inicialmente la nacionalización y distribución en usufructo de la tierra a los campesinos, se nacionalizó la banca, se desconoció la deuda externa contraída por el zarismo y el depuesto Gobierno de coalición, pero desde el gobierno se alentó el *control obrero* más que la expropiación de las fábricas. Habían sido los mismos capitalistas, abandonando o descapitalizando sus empresas, quienes desencadenaron una dinámica de nacionalizaciones impuestas “desde abajo”. Pero iniciada la Guerra Civil y en respuesta a la agresividad de la contrarrevolución, dando un brusco giro, se decretó el ‘Comunismo de guerra’ y con él la estatización casi total de la

economía y el manejo centralizado de sus distintas variables por la VNSK (*Consejo Superior de la Economía Nacional*), con una ineficiencia de catastróficas consecuencias. La industria terminó de desmoronarse. El Estado asumió la asignación racionalizada de los alimentos y bienes más indispensables, pero para poder hacerlo y sobre todo para abastecer al Ejército, se procedió a la violenta requisita de toda la producción agrícola.¹³ Presentar este tipo de medidas como si fuese *El ABC del comunismo* (título de un famoso libro de Bujarin y Preobajensky) es descabellado. Sin embargo, Lenin recién admitió que se había tratado de ‘un error’ en 1921.

Sería completamente equivocado ignorar que el rumbo adoptado fue, en gran medida, una desgraciada consecuencia de circunstancias extremas. En muchos casos, tal vez fueran inevitables. Pero no puede ignorarse que fueron adoptadas y justificadas en nombre de políticas erróneas que deformaron la concepción y la práctica del *gobierno obrero-campesino* y la *dictadura del proletariado* (términos a veces utilizados como sinónimos y sin mayores precisiones) llevando a la teoría y práctica del ‘Partido único’. Es verdad que las vacilaciones y contradicciones de quienes eran los posibles aliados (eseristas de izquierda, mencheviques internacionalistas y anarquistas) hacía muy difícil conformar un gobierno de coalición de los partidos soviéticos, y que la breve experiencia pluralista con eseristas de izquierda en el gobierno terminó muy mal, por responsabilidad de estos últimos. Pero la ‘solución’ que se encontró al problema fue peor aún: el Partido Comunista reivindicó y reclamó el monopolio del poder y se impuso el criterio del partido único. Se argumentó que el PC era único representante de la totalidad de la clase obrera, y debía ejercer la dictadura en su nombre. El *sustitutismo* dio un paso más cuando se convirtió a los Soviets (concebidos inicialmente como organismo de poder con funciones deliberativas y ejecutivas) en instituciones formales limitadas a endosar resoluciones adoptadas por los órganos del Partido. Paralela, y aceleradamente, el Estado reconstruyó un aparato burocrático (¡6 millones de funcionarios al terminar la Guerra Civil!), con el que pasó a confundirse el mismo aparato del Partido.

Finalizada la guerra civil, hubiera sido necesario corregir rápidamente los errores cometidos, restablecer la democracia soviética, subsanar los abusos cometidos y reconstruir la imprescindible alianza obrero-campesina, ajustando las medidas y el ritmo de la transición socialista a las condiciones que impusiera el momentáneo aislamiento de la revolución en Rusia y a lo que permitieran la movilización y autoorganización de obreros y campesinos. Nada de eso se hizo, y la consecuencia fue la crisis general de 1921: teniendo como telón de fondo de la desarticulación de la economía, se agravaron las revueltas en el campo, se desató una ola de huelgas en las ciudades y, como máxima expresión de tanto descontento, los marineros de la base de Kronstadt, reconocidos en 1917 por ser ‘la gloria y el honor de la Revolución’ se levantaron contra el gobierno, proclamaron la *Comuna de Kronstadt* y reclamaron una regeneración del poder soviético lanzando la explosiva consigna de ‘Soviets sin comunistas’. El levantamiento de Kronstadt fue ahogado en sangre, argumentando que se trataba de un motín organizado por los Blancos y la contrarrevolución.¹⁴

Pero Lenin no cerraba los ojos a la realidad. Estuvo totalmente a favor de aplastar la Comuna de Kronstadt porque estaba convencido de que ese ejemplo podía erigirse en una amenaza letal al monopolio político del PC, pero al mismo tiempo reconoció que el verdadero problema a enfrentar estaba en otra parte. Y en el mismo X Congreso del PC (que estaba sesionando cuando se produjo el levantamiento, y se reanudó una vez sofocada la rebelión) Lenin insistió en que lo más grave y peligroso era la crisis general de la revolución, el profundo descontento existente entre los trabajadores y sobre todo en el campesinado. Para conjurar estas amenazas se lanzó una batería de dispares medidas que recibieron el nombre de *Nueva Política Económica*.

Lenin reconoció que la NEP era, lisa y llanamente, un transitorio ‘repliegue’, impuesto por la necesidad de superar la catástrofe económica y también por el cambio que se había producido en la situación internacional¹⁵ (Broquen, 1973). Para salir del marasmo económico se hicieron importantes concesiones al campesinado, se introdujeron mecanismos de mercado y se postuló una especie de ‘capitalismo de Estado’ que debía estar

encuadrado por el ‘sector socialista’ de la economía y el poder soviético. A sabiendas que ese tipo de medidas generaría presiones de uno y otro lado y se agravarían las tensiones, rivalidades, el ‘carrerismo’ y las cliques ya existentes en el Partido e incluso en la máxima dirección, Lenin quiso imponer la unidad (y control) del partido con medidas disciplinarias y organizativas. Se reforzó el control sobre los sindicatos, se crearon organismos para controlar el aparato estatal (que terminarían agravando la burocratización), se llamó a excluir a los oportunistas que ingresaban al partido para obtener ventajas personales. Pero lo más importante, y lo más grave, fue que se intentó mantener la disciplina restringiendo la democracia interna del Partido, prohibiendo la conformación de tendencias y ordenando la inmediata disolución de las ya existentes (la *Oposición obrera* y la *Tendencia del centralismo democrático*). ¡Y se incrementaron los poderes ya inmensos del Comité Central, que paso a tener facultades que lo colocaban por encima de la autoridad del Congreso del Partido!

El resultado de todas estas medidas, independientemente de los motivos e intenciones que pudo tener Lenin, fue tremendamente contradictorio. Se logró una importante recuperación de la economía que, hacia 1924 había ya recuperado los niveles de producción anteriores a la guerra, y una relativa prosperidad que puso al alcance de la población los alimentos y bienes de consumo tan ardientemente esperados, e incluso en el campo el nivel de vida mejoró sensiblemente. Pero también crecieron de un modo evidente las diferenciaciones sociales, se agudizaron las recurrentes tensiones entre el campo y la ciudad, aumentó la confusión y desmoralización entre la militancia cada vez más heterogénea y despolitizada incorporada al Partido, los enfrentamientos en el Comité Central se agravaron, y la burocracia fortalecida comenzó a actuar con creciente prepotencia y peso, contando con aliento y protección en las más altas instancias del Partido y en particular de Stalin, elevado al cargo de *Secretario General*.

La situación se agravó a tal punto que Lenin, ya gravemente enfermo, a finales de 1922 el comienzo de 1923, decidió emprender una desesperada lucha, en lo que se conoce como ‘el

último combate de Lenin’. En realidad, ya en el XI Congreso (marzo de 1922) Lenin había dicho que el Estado soviético era un automóvil que no marchaba hacia donde el conductor creía dirigirlo, porque la realidad era que no lo manejaban los comunistas sino la burocracia. Más aún, aseguró: “Las ideas que teníamos sobre el socialismo deben ser repensadas”. En los escasos momentos en que la enfermedad se lo permitió, llamó a la revisión de anteriores concepciones y prácticas. Insistió en la lucha contra la ineficiencia y la ‘presunción’ de los cuadros del Partido, advirtió que, si los comunistas y el sector ‘socialista’ de la economía no eran capaces de competir exitosamente con el sector privado, el fracaso sería inevitable. Retomó la idea de recurrir lo que llamaba ‘capitalismo de Estado’ si eso permitiese superar el atraso de Rusia y asegurar la provisión de mercancías en la cantidad y calidad necesarias para restablecer la alianza con el campesinado. Buscaba alguna manera de salvaguardar la perspectiva de construcción del socialismo a largo plazo, proponiendo objetivos inmediatos realistas, retomando la sobre economía de transición que Trotsky había propuesto (sin utilizar el término ‘capitalismo de Estado’) a fines de 1921.¹⁶ Su preocupación recurrente era encontrar estrategia económica que amén de satisfacer las necesidades vitales de los campesinos, éstos pudieran comprender y aceptar, para lo cual la dictadura del proletariado debería actuar de otro modo. Dicho de otra manera: redefinir el concepto del socialismo en función de la realidad rusa, cambiar la estrategia en lo referido al campesinado, atacar la burocratización y cambiar el tipo de Estado, conformar la URSS respetando el criterio de asociación voluntaria de Repúblicas soberanas con igualdad de derechos (incluido el de retirarse), corregir el funcionamiento del Partido para restablecer el control colectivo sobre el Buró Político (Lewin, 2003)... ¡Y ‘desplazar’ a Stalin del cargo de Secretario General! (Lenin, 1971, p. 134).

El combate de Lenin quedó interrumpido a comienzo de marzo de 1923, cuando un ataque lo priva definitivamente del habla (murió nueve meses después). Trotsky y la Oposición de izquierda, no sin algunos matices, quisieron continuarlo, pero fueron derrotados (Louca, 2017).

Cuando la URSS fue reorientada por Stalin hacia lo que llamó ‘la construcción del socialismo en un solo país’, la NEP pasó a ser mero instrumento de una orientación ‘termidoriana’ que desembocaría en el viraje de 1928, la ‘colectivización forzosa’ del campo con violencia sistemática y a gran escala que preparó el aparato represivo para volverlo inmediatamente contra los trabajadores para imponer la brutal explotación que acompañó ‘la industrialización acelerada’, y culminó con la total y absoluta degeneración del Estado soviético. Pero esta sería ya *otra historia*.

5. La revolución ofrece inspiraciones, no ‘lecciones’ a repetir

Volviendo al centenario que nos ocupa, sin idealizar la revolución de 1917 (y mucho menos convertirla en ‘modelo’ a repetir), creo posible ‘revisitar’ aquellas apuestas y experiencias de tal modo que se despierte en ellas fuerza inspiradora.

Aquellos revolucionarios rusos desafiaron ese *marxismo adocenado y posibilista* que se había impuesto en la Segunda Internacional, no sólo porque reconocieron que el Imperialismo y la Guerra Mundial imponía repensar la *actualidad de la revolución* y el rol que ella podían jugar las masas de la atrasada Rusia (‘eslabón débil’), sino porque acompañaron esa caracterización con el *empeño militante* para construir al calor de la lucha de clases la masiva voluntad colectiva de avanzar hacia el socialismo.

Estuvieron dispuestos a innovar y construir sobre la marcha una *fuerza política organizada y decidida a impulsar la revolución*. Pudieron apoyarse, por cierto, en el paciente trabajo previo de socialistas revolucionarios, anarquistas y socialdemócratas (el especial destaque que merecen los *bolcheviques* no implica desconocer el rol destacado otros socialdemócratas como los mencheviques internacionalistas o el ya mencionado Comité Interdistrital), pero el partido de Lenin no se conformó con eso, aceptó el desafío y el riesgo de cambiar(se) incorporando *decenas de miles* de nuevos militantes y a renovar todos los niveles de su organización (base, cuadros medios y Comité Central), construyendo un partido de

masas, dinámico, pleno de contradicciones y debates, dispuesto a modificar radicalmente programas y tácticas, y capaz de ganar la dirección de las masas porque demostró ser también capaz de aprender con ellas y sus experiencias.

Alentaron la *auto-actividad de las masas* explotadas y apostaron al *poder creativo que podían desplegar los soviets* (pero también otras formas de auto organización) en las fábricas, el campo y las trincheras. Así, el ‘arte’ de los bolcheviques consistió en articular las más urgentes aspiraciones populares con la perspectiva internacionalista del socialismo, sintetizando eso en consignas y tareas que socavaban los pilares del viejo orden: ‘Paz, pan y tierra’, ‘Todo el poder a los soviets’ y ‘Revolución socialista mundial’.

Asumieron que la revolución debía terminar con el poder político de la burguesía y sus formas institucionales, y esbozaron el proyecto de un poder revolucionario de nuevo tipo, inspirado en la Comuna de París y al que imaginaron, al decir de Lenin, como ‘un Estado-no estado’, con una burocracia mínima y la perspectiva de extinguirse. Lejos estuvieron de lograrlo y podría incluso decirse que una vez en el poder terminaron hicieron casi lo opuesto, pero ello no les quita el mérito de haberlo intentado.

Como internacionalistas que se habían opuesto a la guerra inter-imperialista y convencidos de la necesidad de luchar por la revolución socialista a escala mundial, se propusieron reagrupar a todas las organizaciones revolucionarias del mundo: no sólo a los partidarios del bolchevismo, sino al *espartaquismo* alemán, la anarquista CNT de España, los *sindicalistas revolucionarios* en Francia, los socialistas de izquierda de diversos países, los *Shop Stewards Committees* británicos, los *I.W.W.* de los Estados Unidos y otras muchas organizaciones similares. ¡Para ellos, hacer la revolución fue, también, hacer la *Internacional Comunista*, que en marzo de 1919 celebró su Congreso fundacional!

Por todo ello y a despecho del accidentado derrotero posterior, inspirarse en aquella Revolución rusa: por la desmesura de su propósito emancipatorio, por el reconocimiento y respaldo mundial que supo despertar y canalizar en favor de la revolución internacional. Sabemos que muchas cosas se hicieron a medias o mal y que

en el ejercicio del poder se cometieron gruesos errores, pero podemos reivindicar *lo que apenas pudo entreverse y no llegó a desarrollarse* pero indudablemente está en aquella libertaria convocatoria al derrocamiento del orden burgués en todo el mundo. Tomando en préstamo expresiones del filósofo Ernst Bloch, aquella revolución puede ser evocada como el *aún-no* de la Revolución: no en el sentido de fracaso, sino de *anticipo de lo que puede y merece ser*. Podría decirse, metafóricamente, que vemos en aquella revolución no sólo algo ya pasado, sino también *un recuerdo del futuro*.

6. No queremos (ni existen) modelos

Hemos visto que un Estado ‘obrero’ que, se suponía, debía marchar hacia una gradual desaparición, terminó siendo un Leviatán, un *Estado burocrático* que aplastó el más mínimo intento de organización política o sindical con visos de autonomía, redujo la planificación a un instrumento de ‘modernización’ y ‘desarrollo’ y, en las antípodas de un genuino proceso de socialización, pretendió competir con los Estados capitalistas produciendo las mismas cosas, del mismo modo y con menos eficiencia. Así, aunque la clase capitalista había sido expropiada, el capital estatizado mantuvo o recreó diversas formas de explotación, fetichismo y alienación del trabajo, impuestas por el puño de hierro de una burocracia convertida en imprevista ‘personificación del capital’. La URSS logró industrializarse, convertirse en potencia atómica, sacar momentánea ventaja en la ‘carrera espacial’, y proclamar incluso que ‘el socialismo realmente existente’ estaba en vías de superar al capitalismo y marchaba ya hacia el comunismo... El espejismo no duró mucho: vinieron los años del ‘estancamiento’, los sucesivos intentos de reforma (haciendo guiños al capitalismo) que culminaron con la *Perestroika*, el desmoronamiento-implosión de 1989 y la vertiginosa restauración del capitalismo, en coincidencia con aquella ‘Revolución conservadora’ que impuso esa máxima que aún hoy se sigue repitiendo: ‘no hay alternativa’. Pero ya es hora de que la izquierda termine de procesar el duelo, hablando

con claridad de aquel *socialismo que no fue* para no quedar atados al pasado, mirar hacia adelante y pensar con nuestra propia cabeza *el socialismo que puede y merece ser en el siglo XXI*.

Estamos obligados a hacerlo, porque el centenario de la Revolución rusa nos enfrenta con el hecho irrefutable que de la URSS y la Internacional Comunista no quedan ni las ruinas, que Leningrado volvió a llamarse San Petersburgo y sobre los muros de un Kremlin en el que manda Putin, flamea la bandera tricolor de la vieja Rusia. Y estamos obligados a hacerlo, sobre todo porque (como lo dijera el Che en los años sesenta y nos lo recordara el Comandante Chávez a comienzos de este siglo XXI), ninguno de nuestros problemas puede ser solucionado bajo el capitalismo y, por lo tanto, nuestras revoluciones serán socialistas o no pasaran de ser caricaturas de revolución.

El eventual derrocamiento revolucionario de un gobierno burgués por los trabajadores y el pueblo no asegura en ningún caso el carácter socialista de la revolución esté asegurado, mucho menos que tenga carácter irreversible. Debemos saber pues que semejante victoriosa platearía inmediatamente nuevos terrenos de confrontación, nacional e internacionalmente. La revolución socialista debe ser concebida como *un proceso de confrontaciones y cambios sociales ininterrumpido o permanente, interna y externamente*. Porque se trata de hacer *una revolución total*, esto es, construir la *nueva sociedad* a escala planetaria, lo que implica un proceso necesariamente largo, complejo y creativo.

Durante ese período o capítulo de la revolución que denominamos *transición socialista*, ningún tipo de Estado, y mucho menos si asume la forma hipostasiada de ‘dictadura del proletariado’ concebida como dictadura de un Partido o Movimiento, puede sustituir la auto actividad de las masas trabajadoras, ni el imprescindible despliegue de originales y cambiantes formas de genuino *poder popular* que impulse y sostenga la construcción de nuevas normas de convivencia y racionalidad social y, con ellas, de un metabolismo económico-social en equilibrio con la naturaleza y mediado por la *autogestión social coordinada*.

Las experiencias del ‘socialismo realmente existente’ o ‘socialismos históricos’ por un lado,

y por el otro la catástrofe ecológico-ambiental generada por el capitalismo, indican que no podemos seguir pensando la transición socialista en términos de porcentajes de propiedad estatal, industrialización, índices productivos y tal o cual modelo de planificación. Hay que superar la perniciosa influencia de las ideologías del ‘progreso’, el ‘crecimiento’ y el ‘desarrollismo’, pero será necesario asumir desde los primeros pasos el desafío de *ir más allá del capital*, oponiendo al orgánico sistema de control del capital¹⁷ nuevas mediaciones orientadas a la producción de valores de uso y la modificación de la heredada *división social jerárquica del trabajo*, fuente continua de alienación y fetichismo (Mészáros, 1995).

La transición socialista debe ser concebida como una sucesión de pasos enderezados a la construcción de un orden social alternativo y auto-suficiente, en el cual individuos auto-determinados conquisten la capacidad de reapropiarse positivamente de las funciones vitales de intercambio metabólico con la naturaleza y en la sociedad, mejorándolas y transformándolas. La construcción del socialismo debe ser concebida como combate internacional e internacionalista, que sólo puede culminar a escala mundial, sabiendo al mismo tiempo que el desarrollo de semejante proceso será necesariamente desigual, por cuanto la revolución no estalla simultáneamente en todos los países, y se desarrollará en cada uno con distintos ritmos y originales combinaciones de tareas ajustadas según las condiciones estructurales, políticas y culturales existentes.

Un siglo después de la Revolución rusa, desde esta convulsionada Latinoamérica y las asediadas trincheras de la revolución bolivariana y chavista en Venezuela con la cual declaro mi plena solidaridad, a nosotros nos corresponde construir teórica y prácticamente las mediaciones políticas y económicas que hagan de la transición socialista en Nuestra América no ‘calco y copia’ sino ‘creación heroica’, como nos indicara tempranamente Mariátegui. A tal fin, corresponde superar esquematismos obreristas y la *vulgata* sociológica, para investigar y actuar en función de las concretas expresiones que asume el antagonismo social en nuestro tiempo y lugar. Reconociendo en y con sus particularidades al conjunto

de clases y grupos subalternos que enfrentan la necesidad de combatir la multivariada opresión y explotación impuesta por el imperialismo y ‘nuestros’ capitalismo subordinados, construyendo una subjetividad revolucionaria tan ‘enraizada’ como universalista y emancipatoria, porque capaz de sentir, pensar y actuar con la voluntad de ir más allá del capital, del productivismo, del modelo civilizatorio que nos han impuesto y nos empuja a un ‘eco-suicidio’.

Estamos en un momento histórico que requiere una original combinación de utopía y realismo. Un *realismo estratégico* (no inmediatista ni posibilista, dado que el sistema no admite reformas) y nos oriente en un combate de largo aliento, hasta cambiar una relación de fuerzas que sigue siendo globalmente desfavorable. Y un *utopismo cotidiano y táctico*, para asumir las luchas inmediatas con la esperanza de contribuir en ellas *al ad-venir* del socialismo, aportando ideas y prácticas que fecunden, como escribiera Marx, “el movimiento real que anula y supera al estado de cosas actual”. Recordando, también con Marx, que “la coincidencia del cambio de las circunstancias y de la actividad humana o autocambio sólo puede ser lograda y racionalmente comprendida como práctica revolucionaria”. Los rusos lo intentaron, como entendieron y pudieron, hace un siglo. Nosotros deberemos hacerlo, ahora, a nuestra manera.

Notas

1. La Duma era una ultrarreaccionaria institución pseudo parlamentaria electa por voto calificado ‘de las cuatro clases’ que el Zar reunía o disolvía cuando quería.
2. Los gobiernos de las potencias aliadas con Rusia en la guerra contra Alemania ya no confiaban que el zarismo fuese capaz de mantener sus compromisos militares. Respaldaron al Gobierno Provisional para que lo hiciera.
3. A fines de julio y comienzos de agosto se realizó el VI Congreso del POSDR (*bolchevique*), que pasó a llamarse *Partido Comunista (bolchevique)* y eligió un nuevo Comité Central del que ya formaban parte León Trotsky y otros militantes del *Comité Interdistrital* incorporados formalmente al Partido.

4. Exageración interpretativa que erigida en método llevó a buscar (y encontrar) ‘Revoluciones de febrero’ y ‘Revoluciones de octubre’ en las más diversas latitudes y circunstancias. Así lo hemos hecho los trotskistas y, muy especialmente, la corriente ‘morenista’ en la que yo mismo me formé.
5. Según la muy conocida explicación de Lenin, en febrero, las masas populares derrocaron al viejo régimen, pero dejaron el Gobierno en manos de la burguesía debido a la falta de preparación del proletariado, en octubre en cambio la maduración política de los trabajadores expresada ya en la hegemonía ganada por los bolcheviques en los soviets de Petrogrado y Moscú, permitió conjurar la amenaza golpista de la extrema derecha (*putch* de Kornilov) y terminar luego con el gobierno burgués presidido por Kerensky, para instaurar el gobierno de los obreros y campesinos o dictadura del proletariado.
6. Kamenev, Zinoviev, Lunacharsky, Bujarin, Stalin... aunque es justo destacar que el poco conocido Iako Sverdlov fue el principal artífice de la reorganización del partido en el curso de la revolución.
7. En abril, cuando Lenin y sus Tesis de abril cambian la inicial política de ‘apoyo crítico’ o condicionado al Gobierno Provisional, en la decisión de acompañar las manifestaciones antigubernamentales de julio pese a considerarlas prematuras, en la decisión de preparar la insurrección, en la definición de cuándo y cómo derrocar al Gobierno de Coalición: en cada uno de estos momentos se dieron ásperas discusiones, y en más de una ocasión las posiciones de Lenin quedaron en minoría.
8. Durante el invierno 1917-1918, se desarrolló una descomunal *Jacquerie* durante la cual la Nobleza fue liquidada como clase y los campesinos se apoderaron de la tierra, sin esperar directivas ni autorizaciones de la ciudad, conducidos en muchos por militantes eseristas.
8. Alemania pasó a controlar las provincias bálticas, Ucrania y el Sur de Rusia, que perdió así casi la mitad de sus recursos industriales y alimentarios. Grande fue también el costo político, porque los eseristas de izquierda, anarquistas e incluso los ‘comunistas de izquierda’ denunciaron que el tratado constituía una traición a la revolución en Europa y especialmente en Alemania.
10. Tras romper con el gobierno, los eseristas de izquierda llamaron a la insurrección, asesinaron al Embajador alemán para sabotear el acuerdo de paz y el mismo Lenin fue víctima de un atentado, en agosto de 1918.
11. En 1920 el Ejército consumía el 25% de la producción de trigo, 50% de los demás cereales, 60% del abastecimiento de carnes y pescados y 90% de los zapatos y botas de hombre.
12. Cabe mencionar que en la Guerra Civil actuaron, con métodos similares, también los llamados “Ejércitos Verdes” de base campesina y los “Ejércitos Negros”, anarquistas.
13. Políticamente, la requisita llevó a romper violentamente la alianza de obreros y campesinos en base a la cual surgiera el gobierno soviético. Se dijo que con el comunismo de guerra se trataba de “llevar la lucha de clases a la aldea” apoyándose en los “campesinos pobres”, pero el resultado fue exactamente el opuesto.
14. Esta acusación nunca fue probada. Por el contrario, las investigaciones más serias, incluso de historiadores que justifican la represión, pero por otras razones, concluyen en que los grupos realmente contrarrevolucionarios no tuvieron ninguna influencia sobre los acontecimientos de Kronstadt.
15. En Alemania se había desaprovechado la aguda crisis revolucionaria de marzo de 1920, y había fracasado también el intento de acudir en su ayuda con Ejército Rojo, derrotado en Polonia en octubre de 1920. Lenin comenzó entonces a elaborar la política rusa sin esperar la ayuda de nuevas revoluciones en Europa, al menos a corto plazo. Este punto de vista fue avalado por la Internacional Comunista, que votó (en junio de 1921) una resolución de respaldó a la política que “concentra todas las fuerzas del proletariado dirigido por el Partido Comunista de Rusia, con miras a resguardar a la dictadura del proletariado hasta el momento en que el proletariado de Europa Occidental venga en su ayuda”.
16. En una conferencia presentada ante la Internacional Comunista, había dicho que, para que las fábricas del Estado llegasen a ser efectivamente socialistas, deberían pasar necesariamente por la escuela de la economía de mercado.
17. Control impuesto por el trípode que conforman *el capital y sus personificaciones* en el comando de la producción, el *trabajo asalariado* subordinado a los imperativos de valorización del valor y crecimiento cuantitativo, y el *Estado* como estructura política de mando.

Bibliografía

- Boffa, G. (Introducción) (1972). *Los bolcheviques y la Revolución de Octubre. Actas del CC del POSDR (bolchevique)*. Córdoba: Pasado y Presente.
- Broquen, E. (1973). *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista 1919-1923 II*. Buenos Aires: Pluma.
- Dullin, S. (1994) *Histoire d l'URSS*. París: La Decouverte.
- Haupt, G. (2017). Historia-debate: 'el bolchevismo' y la Revolución rusa. *Herramienta*, 60.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- Lenin, V. I. (1971). *Contra la burocracia / Diario de las secretarías de Lenin*. Córdoba: Pasado y Presente.
- Lewin, M. (2003). *Le siècle soviétique*. París: Fayard.
- Louca, A. (2017). Lenin, precursor de la Oposición de Izquierda. *Herramienta*, 60.
- Luxemburgo, R. (1976). *Obras escogidas* (tomo 2). Buenos Aires: Pluma.
- Mészáros, I. (1995). *Beyond Capital*. Londres: Merlin.
- Trotsky, L. (1976). *L'année 1917*. París: Máspero.
- Trotsky, L. (1985). *Historia de la Revolución rusa* (II). Madrid: SARPE.
- Trotsky, L. (2006). *Cómo se armó la revolución. Escritos militares de León Trotsky selección*. Buenos Aires: CEIP.
- Vazeilles, J. (1971) *La Revolución rusa*. Buenos Aires: CEAL.

Aldo Andrés Casas. Consejo de redacción de *Herramienta revista de debate y crítica marxista*. Antropólogo (FFyL-UBA).
Correo electrónico: aldoacasas@gmail.com

Recibido: 1 de agosto de 2018
Aceptado: 16 de agosto de 2018